



Exposición «Barcelona a vuelo de artista»
14/03/1994 - 30/06/1994

Fijar la imagen

Largo camino ha tenido que recorrer la fotografía para ser aceptada como miembro de pleno derecho del país de las bellas artes. Ha sido necesario superar la querrela –hoy perfectamente obsoleta– sobre la reproducibilidad de la obra de arte, y dejar de desconfiar de la mediación del instrumento técnico entre el artista y su objeto, para que la fotografía adquiriera estatuto de realeza. De hecho, ha sido en el momento en que el poder avasallador de lo visual ha amenazado la imagen cuando se ha reconocido la necesidad de fijarla.

Porque es ésta la realidad que encontramos: lo visual como referencia que pasa deprisa y nos hace correr tras él como posesos, sin dejarnos apenas tiempo de guardar la imagen en un pequeño rincón de la memoria. Y es en ese momento y ante esa amenaza cuando se llama a la fotografía para recuperar el pleno sentido de la imagen, su poder intensivo y extensivo. La imagen es lo que fija. Y de algún modo debemos jalonar nuestra conciencia si no queremos que el imaginario se nos desplome, sometido a la fuerza centrífuga de lo visual.

No se trata, por tanto, de llevar la fotografía al museo, es decir, a un medio camino entre el cementerio y la trascendencia. Se trata de mostrarla para que nos ayude a orientarnos en el mare mágnun visual que nos envuelve. Como si ella hubiera de darnos los referentes a priori para la interpretación de la confusión que el Babel visual genera. La fotografía elevada a obra de arte debe dibujar la pequeña mitología que configura nuestro imaginario.

Y este es, de hecho, el ejercicio que hemos propuesto a los artistas, a los fotógrafos, de esta exposición. Hemos puesto dos determinaciones o condiciones para delimitar su trabajo: la posición y el objeto, el vuelo y la ciudad. De hecho, por mucho que puedan decir las apariencias y la retórica gremial, no hay obra de arte sin limitaciones, porque nosotros mismos somos ya la primera limitación. Avioneta y Barcelona, he aquí los parámetros establecidos. El resto queda en manos del gesto creador de los fotógrafos, del valor añadido que sean capaces de incorporar al clic de la cámara.

El resultado: imágenes para fijar, desde el cielo, la Barcelona que bulle y que cambia. Imágenes que apelan directamente al imaginario, para reconocer no una sino muchas Barcelonas, no una totalidad sino una parte, un detalle, un momento, un clic, de la ciudad que camina bajo las alas de la avioneta. Salir afuera para buscar imágenes representativas de lo de dentro. La globalidad que permite la posición aérea no implica la pérdida de la noción de detalle. En el arte no existe totalidad. Existe el poder de la imagen. Y la imagen procede de mirar y mirar, hasta que una idea se impregna con más fuerza que las otras: la retícula, el fragmento, la mutación paisajística de la ciudad, la discontinuidad, la ruptura ordenada, la combinatoria, las líneas abstractas aparecen como juego de formas básicas. ¿No es el arte precisamente eso, la formalización de la realidad?, ¿no es dar forma al caos?, ¿no es recuperar las formas fundamentales ocultas en la diversidad? El vuelo de nuestros fotógrafos es un vuelo de artista, en el sentido más convencional: fijar una forma, como si de jalonar un territorio se tratase. Y es que con el arte delimitamos la propia casa, la casa de los hombres, por el viejo procedimiento de marcar con referencias formales claras las cuatro esquinas.